

Lorenzo Ventucci.

Luciano Santacruz

Image not found.

Capítulo 1

Lorenzo Ventucci respiraba con dificultad, caminando pesadamente pero en silencio, en una tranquila noche de los últimos días de junio. No se oía ni un grillo, y las pisadas del hombre eran tan rápidas como su cautela se lo podía permitir.

El sendero por el que andaba desde hacía un cuarto de hora atravesaba un bosque privado, dentro de una propiedad cercada, pero no muy bien vigilada. Aun con eso, Ventucci no dejaba margen para el error, se había asegurado que nadie lo seguía, y cuidaba cada uno de sus estoicos movimientos en pos de no llamar la atención de nadie ni de nada que, por esas casualidades, se encontrara en medio de aquel lugar olvidado de la mano de dios en las afueras del país, bajo la mirada del crepúsculo.

Ninguna precaución era innecesaria, se repitió Ventucci incontables veces durante los pasados meses, mientras repasaba una y otra vez su plan. Nada debía salir mal, ya que esta era la primera oportunidad que tenía en años, quizá la única que tendría en toda su vida, de matar al hombre que arruinó su vida.

Ventucci apuró el paso, rechinando los dientes al recordar el pasado. Una nube se movió lentamente dejando brillar a la luna sobre su rostro, un rostro cansado, demacrado por los años y por el cual lágrimas de rabia habían corrido tantas veces, que sus ojos habían perdido su brillo hacía muchos años ya.

Más temprano que tarde alcanzó a vislucrar una luz a través de los árboles, que se fue volviendo más brillante y reconocible conforme se acercaba. Una enorme y hermosamente trabajada mansión se dejó ver un poco más adelante, y el bosque paulatinamente comenzaba a perder espesura hasta convertirse en un claro en donde el edificio se erguía.

Nervioso, Ventucci se detuvo antes de acercarse más y echado al suelo observó las brillantes ventanas de la casa. Estaba seguro de haber visto una sombra bailar esporádicamente en el salón principal. Se miró las manos: temblaba. ¿Acaso tenía miedo? No, estaba emocionado. Quizá podría llamarse miedo, pero no a la muerte o al delito, sino al error. Temía fallar; si lo hacía, la razón por la que había vivido tan dolorosamente hasta el momento se esfumaría como una estela de humo.

Eso no debía suceder, aun si le costase la vida.

Todavía en el suelo, se acercó despacio a la puerta principal, y permaneció en completo silencio para intentar escuchar; no se oían voces, sólo algunos pasos suaves y lo que parecían ser algunos muebles siendo abiertos. Había observado la casa por algún tiempo, y sabía que aquel viejo desgraciado vivía solo. Comenzó a agitarse de rabia, pero se controló. Pronto calmaría todas sus penas.

Sacó su ganzúa y se dispuso a trabajar en silencio, teniendo que poner más esfuerzo en mantener sus impacientes manos firmes que en burlar la vieja cerradura de la puerta. Puso todo su empeño en no hacer el más mínimo ruido, lo cual hizo aun más difícil la tarea, pero al cabo de unos minutos oyó un chasquido milagroso que le produjo un gran placer. Abrió apenas la puerta y esperó. Nada.

Se asomó despacio, y echó una mirada rápida al recibidor, llegando a ver por asomo un cuerpo pasar fugazmente en el gran salón a su izquierda. Introdujo su cuerpo silencioso como un alma, y cerró la puerta tras sí. Metió su mano en el bolsillo y empuñó su viejo revólver calibre 32. Aún a gachas, avanzó hacia la habitación a su izquierda y se paró en el umbral.

Era un salón espacioso, adornado con cuidado con toneladas de estúpidos trofeos de caza y decoraciones similares. Ventucci apartó rápidamente sus ojos de todo eso y se quedó de piedra al ver a la figura sentada en un sillón al fondo de la sala. Era un viejo, un anciano que leía mientras sopesaba una copa de brandy en una mano; un habano colgaba de su labio inferior dejando escapar una fina columna de humo.

El anciano levantó los ojos y vio a Ventucci parado en el umbral. Sus ojos se abrieron de par en par y cerró su libro de un sonoro golpe, visiblemente enojado.

—¿Quién demonios es usted y qué hace en mi casa? —gruñó poniéndose de pie.

Ventucci no dijo nada, sumamente afectado. Finalmente, luego de tantos años, tanta búsqueda, encontró a quien buscaba. Tantas cosas tenía para decir, pero no hallaba las palabras.

El viejo comenzó a gritar más y más ante el silencio del hombre, lanzando improperios a diestra y siniestra mientras cruzaba a grandes zancadas la habitación.

—¡Si ha venido a robar, sepa que no es esta la casa de un cualquiera! ¡Me aseguraré de que le espere cadena perpetua por...!

—Sé quien es usted —murmuró Ventucci secamente, mientras sacaba su revólver y apuntaba al viejo con él—. Pero usted seguramente no se acuerde de mí.

El anciano se detuvo al instante y levantó ambas manos en alto, sorprendido y acobardado.

—O-oiga, amigo —dijo el anciano, el tono demandante y agresivo se había borrado de sus palabras—, relájese hombre, llévese lo que quiera, tómelo todo...

—No quiero nada de usted —respondió Ventucci. Al principio estaba indeciso, pero poco a poco comenzaba a disfrutar la situación en que se encontraba—. Bueno, quizá sólo una cosa.

—¿Qué quiere? ¡Se lo daré!

Ventucci levantó el martillo de su revólver mirando fijamente al viejo. Éste lo comprendió en un instante.

—¿P-por qué? —preguntó el viejo en un susurro.

—¿Por qué? —repitió él, incrédulo, casi comenzó a reír del absurdo de aquella pregunta—. Yo se lo haré recordar. ¿Sabe cuál es el último recuerdo que tengo de mi infancia?

El viejo tragó saliva, silencioso.

—¡LE HICE UNA MALDITA PREGUNTA!

—¡No lo sé!

Ventucci carraspeó, nervioso, tenía que calmarse.

—Fue hace treinta y tres años —explicó, acercándose al viejo, que yacía inerte en medio de la sala con los brazos aún levantados—. Estaba con mi familia en la sala de estar, el día de mi cumpleaños. Mis padres habían estado todo el día trabajando, y cuando llegaron a casa tuvimos una fiesta. Modesta —sonrió—, porque no teníamos dónde caernos parados. Sólo un poco de pollo, y unas cuantas galletas. Fue la mejor cena de mi vida. Mi madre remendaba ropa por unas míseras monedas como siempre, pero mi padre había comenzado a trabajar en una fábrica recientemente, ilegal; no recuerdo de qué, pero no importa. Él estaba feliz, porque con lo que iba a comenzar a ganar podría alimentar decentemente a su familia. Incluso dijo que me compraría un juguete completamente nuevo para mi cumpleaños. Nunca fui tan feliz.

El anciano seguía quieto en su posición, escuchando atentamente. Gotas de sudor resbalaban por las arrugadas facciones de su cara.

—Pero nunca pudo darme el regalo —continuó Ventucci con voz calmada—. Llamaron a la puerta justo antes de ese momento. Mi madre fue a abrir, y se encontró a un hombre en el umbral. Parecía que lo conocía, puesto que comenzó a decir algo, pero un fuerte estruendo la calló —las palabras de Ventucci sonaban cada vez más ásperas y su semblante se endurecía a cada segundo que pasaba—, y mi madre cayó al suelo. Muerta.

—Yo...

—El hombre atravesó el umbral y se acercó a mi padre, que intentó correr hasta mi madre. Éste apuntó su arma hacia él, y lo obligó a quedarse quieto. Yo miraba todo desde mi lugar en la mesa, atónito. Entonces mi padre le preguntó al hombre por qué había matado a mi madre, si ella no tenía nada que ver con "eso". El hombre le respondió "Lo siento Wallace, no es nada personal, pero no puedo dejar cabos sueltos". Y, ¿sabe qué hizo? —preguntó Ventucci esbozando una sonrisa retorcida. Narrar aquel suceso después de tantos años parecía darle una pizca de macabro alivio— ¡Lo mató a él también! ¡Su cuerpo cayó encima de la mesa! ¿Puede creerlo? ¡Su sangre estaba ahora encima de todas mis galletas!

Ventucci soltó una risa tan asquerosa para sí mismo, que le produjo ganas de vomitar. El viejo lo miraba con una expresión tensa, mas no culpable. Sudaba a mares, y sus ojos iban de los ojos de Ventucci a su pistola, una y otra vez.

—Tu padre vio algo que no debió haber visto aquel día en la fábrica —dijo con voz quebrada el anciano, apenas controlándose—. TE JURO HIJO QUE SÓLO ESTABA SIGUIENDO ÓRDENES, YO SÓLO...

—¡CIERRE SU MALDITA BOCA! —enloqueció Ventucci acercándose todavía más al anciano, colocando el revólver a un par de centímetros de su frente—. ¿Sabe qué pasó después...? El hombre... usted... me miró tranquilo, y me dijo que lo sentía. ¡Que lo lamentaba! Pero no me mató. Se fue. Usted se dio la vuelta y salió por la puerta, como si su trabajo estuviera terminado. Y yo me quedé allí, sentado a la mesa, como si nada hubiera sucedido. Salvo, por supuesto —añadió en un hilo de voz—, que ahora estaba solo. Solo con el olor a sangre.

El anciano se quebró finalmente, y se cayó de bruces al suelo lanzando un alarido sollozo.

—Lo... siento... por favor, no me mate. Por favor...

—Lo he buscado tanto tiempo —continuó Ventucci, ignorando los quejidos del anciano—, tanto, tantísimo tiempo. Creí que nunca lo haría. Tardé algún tiempo, es verdad, pero tuve que trabajar para mantenerme con vida, mientras ponía toda fibra de mi ser en buscarlo; y eso fue también difícil, es usted una alimaña muy escurridiza. Pero todo eso se termina hoy.

Ventucci miró la destruída imagen del hombre que tanto odiaba, mientras suplicaba su perdón, y pedía piedad a gritos. En ese momento escuchó un ruido detrás de ellos, y encontró a un niño parado, descalzo y en pijama, que veía la situación paralizado del miedo.

—Abuelo...

—Oh... —exclamó Ventucci un poco sorprendido, pero con una extraña mueca dibujada en su rostro—. Perfecto.

Tomó al anciano del cuello, y puso su revólver dentro de su boca.

—Nho... nho en frente de él... —masculló el viejo con esfuerzo.

—Oh, por favor, no me subestime de esa forma. ¿Cree que tendré miedo de hacer lo mismo que usted? No, señor mío, esta no es una novela, ni una película, donde el héroe se acobarda y pone la otra mejilla a quien una vez lo golpeó, apenas alcanzando arrojar al villano a la cárcel, de forma milagrosa. No, esto no es el fin del ciclo; no es una redención de mi pasado, su confinamiento no acallará las voces de mi cabeza. Tampoco necesito excusarme ni sentirme culpable: no puede uno perdonarse a sí mismo, cuando uno no ha hecho nada malo.

Ventucci oprimió el gatillo y un estruendo inundó su cuerpo de placer. Sangre salpicó su rostro y el viejo cayó asquerosamente, provocando un ruido sordo. Miró el cadáver del viejo, dudoso de qué sentir, mientras un peso desolador desaparecía de sus hombros. Escupió el cuerpo, y se dio la vuelta.

El niño, que había presenciado toda la escena, seguía clavado en el mismo lugar en el que se presentó, con la boca abierta y los ojos como platos, mientras observaba la sangre de su abuelo correr por la alfombra hasta llegar a sus pies descalzos. La parte baja de su pijama estaba completamente empapada.

Ventucci se acercó al niño, que todavía no reaccionaba, y se arrodilló a su lado. Sacó un trozo de papel, garabateó su nombre en él, y lo metió

dentro del bolsillo del muchacho.

—Mi nombre es Lorenzo Ventucci —dijo él, calmado. Ya no reflejaba el júbilo de antes, y hablaba completamente serio—. No es nada personal hijo. Si algún día me odias lo suficiente, búscame, y mantén el ciclo en movimiento. Sé de sobra que no es fácil detenerlo.

Se levantó, lanzó su revólver al piso y salió de la mansión. Siguió el sendero, y Lorenzo Ventucci se perdió una vez más en la espesura de la noche.